

el mundo de...

El autor teatral sigue siendo fiel a la tradición de cenar a altas horas de la noche en un café antiguo, con tertulias literarias. Es un café espacioso, de los pocos que ya van quedando en Madrid. Sus locales tienen, además, una historia grande porque en otros tiempos existió una tertulia literaria formada por hombres de prestigio en la poesía, la literatura, la pintura y la política.

Lo que ya no acabo de comprender es cómo superviven los individuos que asisten diariamente al café. No sólo el local, sino estos mismos hombres de café, me parecen unos seres extraños en mantener costumbres que ya no quedan en el mundo entero porque la vida moderna ha barrido desafortunadamente esos reductos donde el hombre se reúne con otros hombres para nada constructivo ni eficaz.

En un rincón hay dos jóvenes que toman café y fuman incesantemente cigarrillos. Son dos jóvenes con cara de tedio, de aburrimiento isabelino, en cuyos rostros parece adivinarse que están allí por la fuerza de la costumbre y que lo que de verdad están deseando es ir a descansar.

Alfonso Paso llega con una hora de retraso a la cita. Sobre el mármol del velador un camarero que parece del museo de cera coloca un mantel.

—¿Qué tomará, don Alfonso?—pregunta sabiendo cómo se llama el cliente, cosa que en nuestro tiempo también va desapareciendo porque el cliente es un ser anónimo que toma de pie un café, deja el dinero junto al servicio de la barra y se va.

—Un consomé y una carne frita con puré de patata.

Me dice Alfonso Paso que esta tarde ha hecho varias gestiones en la calle y que luego ha dictado cuarenta y tantas cartas.

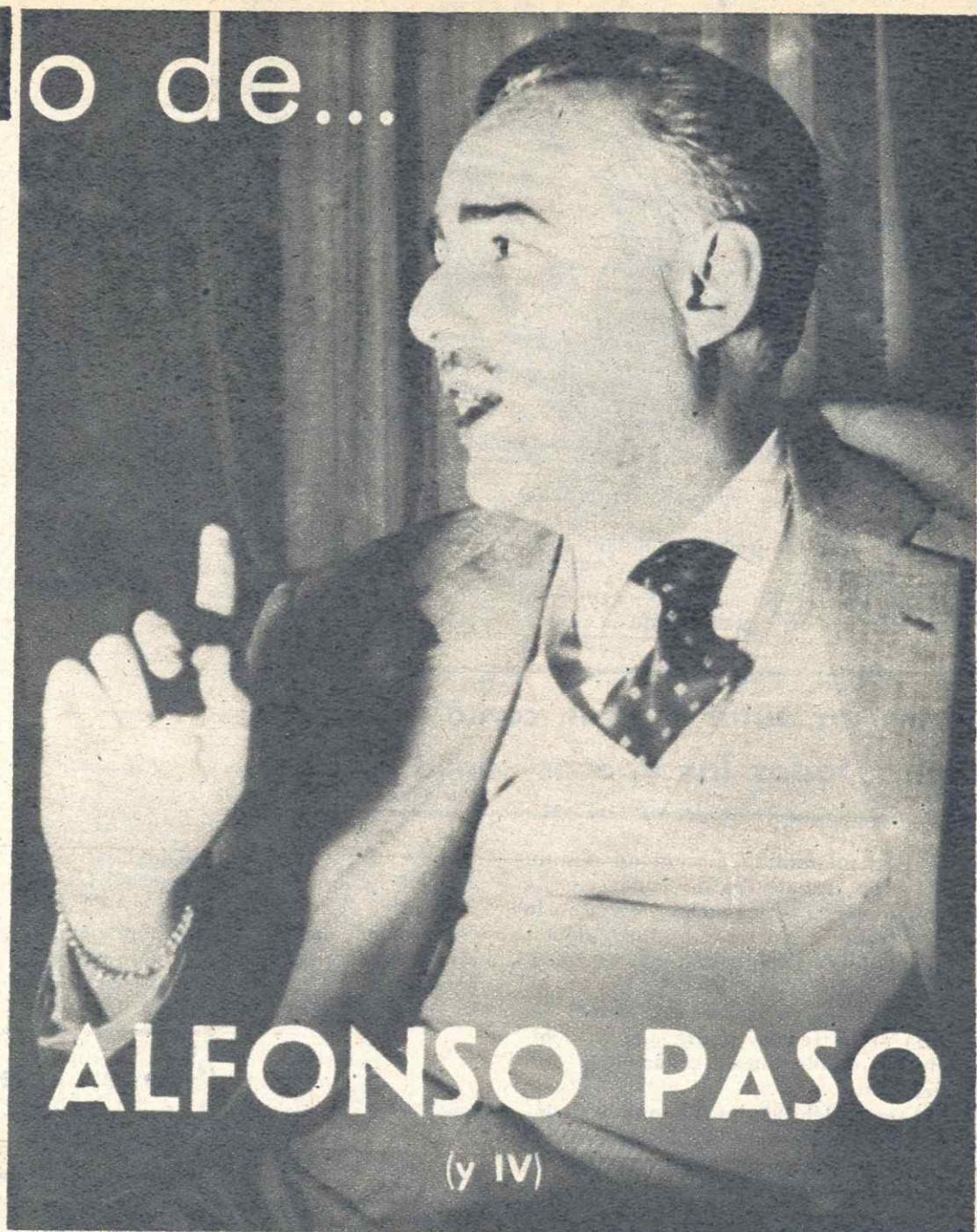
—Bueno, terminemos ya con esta historia. No voy a contar las incidencias de todos mis estrenos porque han sido 46. De ellos puedes destacar ocho éxitos comerciales grandísimos y 19 comedias que han pasado de las cien representaciones. Lo que se llama un fracaso absoluto no puedo contararme con haberlo tenido aún, aunque

"Jamás he necesitado estimulantes ni alegrías químicas para el trabajo"

que en mí haber algunos vicefracasos.

—A través de tus años de lucha, ¿qué has podido advertir?

—A través de mis ocho años de lucha he podido advertir que he tenido un elemento adicto y constante: el público. Varios compañeros de profesión que me impulsaron en mis comienzos y a los que ahora ignoro por qué, fastidia, más que mi éxito, mi forma de producir. En literatura estamos atravesando una época sin tono, y cualquier extremo, cual-



ALFONSO PASO

(y IV)

Por **MARINO GOMEZ-SANTOS**

quier brillantez, parece un pecado mortal.

Entran en el café los estrenistas, los asiduos, esos que pertenecen a la familia de los escritores aunque no escriban; pero

las 100; García Álvarez, de las 150; Linares Rivas, de las 125; Alfonso Paso, mi padre, escribió 409; Carlos Arniches, 220... Esto demuestra que hay una crisis de imaginación, de valor profesional y de sentido de la responsabilidad en nuestro teatro.

Le pregunto que si tiene, entonces, buena salud para desarrollar su imaginación y convertir las ideas en comedias.

—Marañón dijo de Pío XII: «Es posible que haya muerto por tanto trabajar; pero no hubiera llegado a esa edad si no hubiera trabajado tanto.» En mi caso y por mi carácter, la salud es trabajar mucho.

En ese momento, Alfonso Paso saca un tubo de pastillas pequeñas y pone una sobre la mesa.

—¿Para qué tomas eso?

—Para tratar de curar este eczema que tengo en la mano por alergia al papel.

—Vas a tener que escribir con mitones, como el conde de Romanones.

—Pues posiblemente.



Homenaje Peña Chicote a Paso. Ofrece el banquete Felipe Sassone

—Oye, Alfonso, ¿y no tomas estimulantes para trabajar?

—Jamás he necesitado estimulantes ni alegrías químicas para el trabajo. Si me apuras mucho, lo que necesito es que me paren. Por eso he reglamentado a cuatro

Aprovecho la ocasión de que hablo con Alfonso Paso para preguntarle, asumiendo la representación de los autores teatrales de provincias, algunas cosas que éstos me preguntan a mí cuando les veo en mis viajes por España.

“Para un autor teatral, como para un torero, todas las épocas son difíciles”

horas —ni un minuto más ni un minuto menos— mi trabajo diario. Todo consiste en poner mucha fe y mucha alegría en lo que se trabaja. No tomarlo como deber, sino como una recompensa que le es concedida al hombre.

Pero me imagino que este titán del nuestro joven teatro tendrá alguna debilidad, por donde puede ganársele y aun vencerle.

—Sí tengo debilidades. El mundo de los afectos. Mientras que en lo profesional muy pocas cosas me hieren, soy un hombre de cristal para cuatro o cinco personas que quiero. Voy a ponerte un ejemplo: Hace aún dos años, el comportamiento, a mi entender, infiel de un amigo escritor, me sumió en un mes y medio de perplejidad, porque figuraba entre esas personas a quien me refería. Unas décimas de fiebre en una de mis hijas bastan para tenerme todo el día preocupado y casi ausente del mundo que me rodea. Soy por esencia un luchador de vanguardia a quien la única manera de vencer es desbaratar su retaguardia, es decir, los afectos, los cariños sinceros.

Alfonso Paso toma el filete con puré como podría tomar sopa. Apenas mira para cortar porque está pendiente de nuestra conversación. Menéndez Pelayo, en el hotel de las Cuatro Naciones de la calle del Arenal, comía en medio de la corriente del comedor, apoyando el libro sobre la jarra del agua y leyendo mientras consumía el almuerzo, seguramente sin enterarse de lo que se llevaba a la boca.

—¿Alguna vez, no quisieras volver a la época difícil de tus primeros años de autor teatral?

—Mira, para un autor teatral, como para un torero, todas las épocas son difíciles. Nunca quisiera volver atrás. No añoro nada, ni me preocupa el porvenir. Estoy ahora aquí y me encuentro muy a gusto.

—¿A qué se debe que en los teatros de Madrid no estrenen los autores de provincias?

—Alguno ha estrenado; por ejemplo, Martín Recuerda, Arrabal...; pero el teatro necesita vivirse en su sala, insistir diaria-

mente. Por ejemplo. Es fácil que si cualquier consagrado falla, la empresa tenga que recurrir a la obra de un autor de provincia; pero éste debe estar aquí, alerta, aprovechando la ocasión.

Le atajo para decirle que si no basta con escribirse una gran comedia.

—No.

La verdad que no entiendo, porque ya no quedan cenáculos literarios ni grupos. Creo sinceramente que el buen paño en el arca se vende y que los empresarios están deseando que alguien escriba una gran comedia para estrenarla inmediatamente.

—No es cuestión de intriga estrenar una comedia. Además, no se sabe nunca, de antemano, que es una gran comedia, comercialmente hablando. Lo imprescindible es que la estrenen y después Dios dirá.

En eso le sobra razón a Alfonso Paso, porque hay muchos autores que no creen demasiado en una obra antes de ser estrenada y que luego se da el caso que resulta la obra de su vida. Las comedias dan muchas sorpresas al ser elevadas al veredicto del público.

Paso escribe cuatro horas diarias

Alfonso Paso, según puedo advertir lo largo de estas conversaciones, habla con frecuencia de lo comercial. Le digo una palabra desprestigiada para los jóvenes, de vanguardia.

—Los autores jóvenes de vanguardia entre los que me cuento, se apresuran a prestigiarla en cuanto alcanzan un éxito comercial. Este es un término noble, pero por nobles procedimientos se alcanzan resultados que impresionan e interesan a los contemporáneos, crear un eco en el mundo. Lo demás son cuentos chinos o justificación de la propia impotencia.

También estoy de acuerdo en eso con Alfonso Paso. En España se han dado muchos «genios» que se escudaron en el pretexto de que escribían para las minorías, cuando en realidad ocurría que no habían logrado interesar más que a los amigos del círculo.

—¿Recibes comedias de autores que te las mandan para que las leas?

—No muchas, esa es la verdad. La mayoría de ellas no son viables, lo cual significa que sean malas; pero suelen ser todas muy amargas, hostiles y agrias. El gamberro está introduciéndose directamente en el autor de teatro.

Alfonso Paso toma un helado, tan distraído, que se embadurna el bigote. Luego saca un «Montecristo» y lo enciende con parsimonia, saludando a los que entran en el café.

—Además de teatro, ¿qué escribe?

Lo piensa y mientras tanto cuenta con los dedos. —Una tesis acerca de la opinión pública sobre España; artículos para revistas, guiones para televisión, guiones para cine. También estoy escribiendo

“No es cuestión de intriga estrenar una comedia”

un pequeño ensayo sobre la deshumanización del ser humano, en donde hay muchos momentos de neuropsiquiatría. Y también cientos de cartas que irán



ralmente sin firma ni referencia para que la gente no se abrume con mi nombre. Si los sesudos varones contemplaran de verdad al ser humano lleno de flaquezas, de debilidades y miedos y le echaran una mano en lugar de apartarlo de la sociedad, Cary Chessman no hubiera existido nunca. Ya que hablamos de los sesudos varones, le pregunto que si aspira a ingresar en la Academia Española.

Se sonríe y me señala con el dedo. —Aspiro a muchas cosas; tremendas, inalcanzables. No te digo más que aspiro, poco a poco, a cambiar el carácter de mis compatriotas. Si cambio ese carácter, a lo mejor entro en la Academia.

Alfonso Paso tiene que asistir al ensayo de una de sus comedias en el teatro Alcázar, a la una y cuarto. Cuando termine este ensayo, ya a hora avanzada de la madrugada, se sentará a escribir prosiguiendo alguna comedia que tenga empuje, hasta el amanecer.

—¿En qué sector del público crees tú que tienes mayor éxito?

—El público de teatro es siempre el mismo. Lo constituye la clase media acomodada. Igual ocurre en Inglaterra; pero en realidad la clase media acomodada es la que conforma la vida del país. Tener un éxito en teatro significa tener un éxito en términos generales; significa que el país ha vibrado con una comunicación tuya.

Entra Tono en el café, con su aire deportista y juvenil. Viene sin abrigo, con las manos hundidas en los bolsillos. Hace inclinaciones de cabeza a todos, no se sabe nunca si en serio o en broma.

—Alfonso, ¿interesas más a los hombres o a las mujeres?

—Teatralmente hablando, a las mujeres. Esto no tiene nada de particular, porque en arte quien dictamina es siempre la mujer. Ella escoge los espectáculos para asistir a ellos. Es la que pone de moda un pintor, un actor o un modo de hacer arte. Me parece hasta cierto punto explicable. Como ser humano, es mucho más aprovechable que el hombre, y su instinto la hace captar cosas que la mostrenca inteligencia del varón ni siquiera intuye.

Hablamos de los tipos predilectos de los autores teatrales para la creación de personajes escénicos.

—¿Cuáles son tus tipos predilectos?

—Esos seres mínimos, inexplicables, trágicos, de conducta aparentemente extraña, pero que están cargados de una enorme humanidad. Por ejemplo, la solterona que va envejeciendo y se escribieron cartas de imaginarios novios; la desequilibrada que por amor al marido es capaz incluso de matarlo. Y otro tipo que voy a llevar pronto de poco a la escena: la mujer de la mirada que vive un veraneo de perpetua santidad.

Ahora pregunto por boca de muchos espectadores de teatro que salen del patio de butacas hacia la calle preguntándose si los personajes serán verdaderamente imaginarios o que si el autor se apoya en personas que conoce y con las cuales toma contacto.

—No me gusta mucho inventar. Casi todo lo que he dicho en teatro existe realmente, y mis personajes, algunos son inimitables; por ejemplo, en la última de mis comedias, «Aurelia y sus



Correspondiendo a las felicitaciones de sus amigos, después de un estreno



A las cinco de la tarde Paso empieza a contestar al teléfono

—¿Te han llevado a los tribunales?

—Una vez. Los españoles somos muy aficionados a molestar abogados. En ese caso me senté en el banquillo, acusado de un delito que no había cometido y había tres o cuatro faltas que cometí que me coreaban todos admirablemente.

Alfonso Paso ha hecho un ochenta por ciento lo que ha querido hacer y un veinte por ciento lo que quisieron que hiciera.

—Es una regla matemática: o cedes un poco lo mínimo o no llegas a alcanzar lo máximo. Así, en teatro, a veces digo un chiste para que me perdonen una verdad.

COLOFON

Tengo que cortar esta entrevista río

“Aspiro, poco a poco, a cambiar el carácter de mis compatriotas”

hombres». Habrá gente que los encuentre un poco extraños, que se niegue a admitir que son así, como yo digo. Eso es juego sucio. Hace falta vivir con la enorme y dura intensidad con que yo he vivido para saber cómo es en realidad un hombre más allá de mi chaqueta.

Alguna vez me dice Alfonso Paso que ha tenido reclamaciones y algunas muy duras.

—Siempre que me decido a llevar un ser humano al escenario suelo preguntarle como los fotógrafos: «¿Me deja usted que le retrate?». Con «Aurelia y sus hombres» he pedido permiso.

con Alfonso Paso, un joven autor español que llena la escena española con sus comedias y del que se hablará muy bien cuando tenga muchos años y una barba muy larga, es decir, cuando ya los públicos y los amigos empiecen a sospechar que no puede disfrutar los beneficios que le producen sus comedias llevando a una señora a cenar y haciendo viajes de placer.

FIN DEL REPORTAJE

(Reportaje gráfico Gabriel.)